

La primera década del siglo **xxi** fue testigo de un huracán que convulsionó el mundo de la música. Bastaron solo once años para que The Empire conquistara el muy codiciado título de «leyenda del rock». Vendieron millones de discos, abarrotaron cientos de auditorios en todo el planeta y recibieron los principales premios de la industria fonográfica. Sin embargo, aun con la enorme exposición que se les dió, hay una pregunta que quedó sin respuesta: ¿Quiénes son en realidad los The Empire?

Para la realización de esta biografía se entrevistó a decenas de personas, incluidos los propios músicos, su familia y amigos; se recabaron cientos de artículos de revistas, periódicos, blogs, sitios web y programas de televisión. Muchas de las fuentes que ayudaron a (re)construir esta historia pidieron permanecer en el anonimato. Este relato pretende ser fiel a esa voluntad. Su interpretación dependerá de cada lector.

PRÓLOGO

La noche del 2 de diciembre de 2003 Ricardo Gomes atravesó una prueba de fuego que no pudo superar.

Acostado en el suelo de una sala sin muebles trataba de acordarse del concierto más reciente de The Empire. Estaba en su casa de Lisboa, pero lo que le rondaba la cabeza era el recuerdo de un escenario cualquiera en Nueva York. Los acordes de «My Conversation With Lady Death» narraban una historia, y él la repetía de forma mecánica, como un trovador. Parecía haber olvidado que la historia que contaba aquella canción era la suya. Ese ritual se repetía desde hacía dos años. Al final de la noche los gritos y las voces del público cantando con diferentes acentos se mezclaban con los olores a sudor, tabaco y cerveza. Pero Ricardo no hacía caso del alboroto en el escenario. La idolatría inmerecida le salía sobrando.

Al poco rato estos recuerdos fueron sustituidos por las voces confusas de quien lo rodeaba. La letra de la canción se volvió premonitória. Ricardo, perdido en la noche lisboeta, alcanzó a percibir el olor a madera quemada. Frente a él, en lugar de la multitud delirante, estaban los rostros alarmados de los bomberos que lo rescataban de un departamento en llamas. A continuación vinieron las miradas inquisidoras de los vecinos: fisgones, criticones, chupasangres.

—*Hello?* A Jimmy Duncan se le olvidó que estaba en Lisboa y que debía hablar en su mal portugués— *Fuck!* ¿Él está bien? Voy para allá. No hablen con nadie. ¡Con nadie!, ¿oyeron?

El escocés saltó fuera de la cama, se puso la ropa arrugada que encontró más a la mano y salió hacia la casa de Ricardo. Las luces de los bomberos y de la policía le dieron la bienvenida. Encontró al guitarrista acostado en una camilla, recibiendo los primeros auxilios. El paramédico le advirtió que no hablaran mucho.

Ricardo percibió lo que seguro pasaba por la mente de su *mánager* y lo tranquilizó: el incendio había sido accidental, no había intentado suicidarse. Al menos no de manera consciente. Duncan quiso saber si había consumido. «¿Eso qué importa?», le preguntó Ricardo. ¿Acaso no lo habían dejado solo? ¿No era un miserable payaso del circo en el que se había convertido The Empire? Duncan iba a responderle, pero el paramédico lo sacó a empujones de la ambulancia y acabó con la conversación. El *mánager* se tragó dos Vicodin y sacó la billetera. La policía y los bomberos acordaron declarar un *director's cut* de lo sucedido. «Amo Portugal», pensó luego de entregarles un cheque de cinco cifras. Garantizó a los vecinos que todos los gastos serían cubiertos por la Aberdeen Records, y que Ricardo Gomes nunca más regresaría ahí. El comunicado que llegó a los escritorios de los editores de música de las principales redacciones del mundo era un *case study* de control de daños:

Un cigarro encendido casi acaba en tragedia. Richie Gomez,* guitarrista de The Empire, se encuentra hospitalizado para recuperarse de complicaciones respiratorias y de quemaduras ligeras, resultado del incendio ocurrido el día de ayer por la noche en su casa de Lisboa. La policía reveló que el origen del incendio fue un corto circuito [...]

The Empire era una máquina de hacer dinero que viajaba a alta velocidad directo a un precipicio. Los críticos, que nunca los recibieron de brazos abiertos, afilaban sus cuchillos para el día del ajuste de cuentas. Paul Simpson publicó un artículo en la *Sound*

* Richie Gomez es el nombre americanizado de Ricardo Gomes. A pesar de que la mayoría de las personas lo conocen por Richie Gomez, decidió mantener su nombre original, excepto cuando la ocasión ameritara su alteración. [N. del A.]

Machine de diciembre de ese año donde conjeturaba el final de la banda después de la tragedia que los había devastado:

Es posible que nunca se sepa la verdad acerca de los acontecimientos del 24 de noviembre. Tal vez no haya culpables por lo que sucedió, o tal vez nunca salgan a la luz. Sin embargo, los The Empire conocen la verdad y se comportan como si ellos fueran los responsables de la tragedia. El ritual cotidiano de autodestrucción que practican anuncia su disolución. En nuestra memoria quedarán media docena de canciones razonables y un enorme despliegue de fuegos artificiales que hicieron ruido, iluminaron la noche y desaparecerán en un ápice.

Si esos críticos supieran, si tan siquiera soñaran que el incendio en casa de Ricardo fue provocado por la vela que usaba para calentar heroína, y que el guitarrista se había desmayado en el piso de su sala, irían corriendo a esculpir una lápida para The Empire.

¿Qué partida cruel tenía reservada el destino para Ricardo, Mário, Tiago y Eddie? Se había dado a la tarea de suscitar el encuentro casual de cuatro desconocidos. Se había ocupado de que se hicieran amigos. Más todavía: los había convertido prácticamente en hermanos. Después les mostró un sueño irrealizable y les hizo creer que podían vivir ese sueño.

La aventura comenzó en callejones oscuros. Poco a poco las calles mal iluminadas dieron paso a otras, más limpias. Por fin llegaron a las grandes avenidas iluminadas con luces de neón. Cuando se acostumbraron a esa luz artificial que suele encandilar a los recién llegados, el destino, vestido con la capucha del verdugo, les mostró aquello que desconocían: que las seductoras avenidas esconden grandes cañerías deseosas de acoger a quienes tengan el infortunio de caer en ellas. Porque por amplias que sean esas avenidas no hay espacio para todos. Por cada nuevo transeúnte maravillado que llega, hay un peón que ya tuvo su oportunidad y tendrá que partir.

¿A qué estaba jugando con ellos el destino? ¿Se aprovechaba de la juventud, de la inmadurez y el asombro de cuatro amigos solo para divertirse? ¿Lograrían los The Empire mantener su identidad, su alma y, sobre todo, su amistad, o serían consumidos por las llamas voraces de la fama? El incendio que casi mató a Ricardo era

una metáfora de los desafíos que los amenazaban. Ellos jugaban el juego lo mejor que podían, pero desconocían sus reglas. Los lanzaron a la arena sin saber a lo que se enfrentarían. Durante años trabaron una lucha desigual con el destino, y esta es la crónica de esa lucha. ¿Ganaron? Es momento de hacer *rewind*.

1.

BIG MAMMA,
FAT PUSSY

1998 - 2000

Una buena canción de rock comienza siempre con una intro seductora, acordes poderosos, percusiones *in crescendo*, un saborcito que anuncia lo que viene para llamar la atención de quien escucha.

Entrevista de Richie Gomez para *Guitar World*:
Los ocho momentos de una canción de rock

Grupos de chicos corrían para llegar a la portería del campo de fútbol. En las bancas del jardín, en las escaleras y en los muros se agrupaban los muchachos entre montañas de mochilas, chamarras y abrigos.

Cerca del estacionamiento de las motonetas, dos amigos que casi parecían gemelos —vestidos de negro, con el cabello largo, desaliñados— compartían un cigarro, aun cuando estuviera estrictamente prohibido fumar en la escuela. Mientras fumaban trataban de llegar a un consenso acerca de cuál era el mejor disco de Pearl Jam. ¿Sería *Ten* o *Vitology*?

El timbre para regresar al salón de clases interrumpió la conversación y les impidió forjar otro cigarro. Mário y Ricardo se entendían bien. Se vestían de la misma manera, amaban la misma música y se pasaban los días fumando y escuchando cassettes o discos de todas las bandas de rock a las que podían echar mano. No eran muy distintos de tantos otros adolescentes que crecían en los suburbios de Lisboa en los años noventa, navegando entre la pobreza y la clase media, con padres ausentes y acostumbrados a hacer de la calle su hogar. Mário Andrade se acuerda de esos tiempos:

Mi *walkman* era mi mayor tesoro. Fue un regalo de unos tíos que emigraron a Francia. Me lo dieron la única vez que vinieron a vernos para demostrarle a mi padre que tenían mucho dinero. Gracias a él podía

escapar de un mundo que no comprendía y que no me gustaba. Era como si tuviera un muro en los oídos que me permitía estar tranquilo, aislado de todo y de todos.

Por esas fechas se pasaba las tardes en la Virgin Megastore de la Plaza de los Restauradores. La enorme tienda le permitía oír los discos en los múltiples puntos de escucha distribuidos por todo el edificio, algo innovador para esos tiempos. Los escuchaba de principio a fin, siempre con el volumen al máximo:

Alcanzaba a percibir todos los detalles de la música, la singularidad de cada instrumento. Era capaz de oír la misma canción cinco o seis veces seguidas para entender una línea de bajo o las entradas de la batería.

Mário era pobre. No hay otra manera de decirlo. Comprar un CD, por ejemplo, era un lujo inalcanzable para él. Grababa horas de música en cassettes y con frecuencia robaba discos. Lo atraparon unas cuantas veces, pero las cosas siempre se resolvieron. Lo llevaban a un corredor de la parte de atrás, donde los de seguridad le daban unos coscorriones antes de sacarlo a la calle a patadas. Nunca llamaban a la policía. Él también prefería que fuera así.

La música se volvió su mejor amiga, alguien en quien confiaba y con quien se sentía a gusto. Mientras se perdía en los solos de guitarra de Angus Young e imaginaba el comportamiento alocado de Steven Tyler en el escenario, se olvidaba de su ropa rasgada, de la televisión sin señal y de las golpizas que no le perdonaba su padre borracho para celebrar la llegada de un fin de semana más.

Aun cuando Mário no lo comprendiera en ese momento, los abusos de los que fue víctima en su infancia tuvieron una influencia determinante en su manera de ser. La constante necesidad de sentirse admirado, la inseguridad ante las críticas o la sucesión de modelos que desfilaban en su cama eran respuestas inconscientes a una época de privaciones materiales y afectivas.

La portada de *New Musical Express* en que los The Empire se presentaban desnudos en un sillón rojo se volvió mítica. En su interior, la entrevista a la banda ayudó a derribar muchos de los rumores que los rodeaban. Por primera vez los músicos mostraron su versión de la historia. También hablaron de la sombría infancia de Mário:

Ahora entiendo que la música me servía para evadirme del mundo. Todo lo que me rodeaba era una mierda. Es difícil ser feliz cuando tienes hambre. Cuando sabes que tienes hambre porque el cabrón de tu padre se gastó el dinero de tu comida en tragos y putas. Te sientes completamente solo. Mi vida era así... Era pobre, mi padre me pegaba por todo y por nada, me hacían burla en la escuela... Con la música todo eso desaparecía. Durante tres o cuatro minutos era solo yo y la canción. No existía nada más. La música no quería saber si yo era rico o pobre, bonito o feo. Se fue convirtiendo en un vicio. Cuando terminaba una cinta quería otra y otra. Era capaz de pasar los días enteros en esto. Era mi droga.

De aficionado a desear ser protagonista fue un pequeño paso. Comenzó a soñar con convertirse en estrella de rock, con tener frente a él un público de miles de personas, un disco en primer lugar de la lista de éxitos y la vida loca que le estaría reservada. El plan estaba trazado, pero había un detalle por resolver: Mário no sabía nada de música y no sabía tocar ningún instrumento.

El primer día de clases suele ser un acontecimiento importante, sobre todo cuando se tiene 16 años. Mário tenía otras preocupaciones y no percibía la ansiedad de ese día. Sin embargo, deseaba que el tiempo transcurriera lo más lentamente posible. Si fallaba en la escuela su padre tendría el motivo perfecto para ponerlo a trabajar. Acto seguido, lo correrían de su casa. Sabía que había pasado noveno grado por ser considerado un alumno problemático. Su antigua escuela lo quería lejos y enviarlo a décimo era pasar la papa caliente a otro equipo. Dicho y hecho. Su interés por la escuela era nulo. El interés de la escuela por él también.

Entró al salón de clases y se fue directo al mesabanco más alejado del escritorio del profesor. Tardó algunos minutos en darse cuenta de que en el mesabanco de al lado estaba alguien muy parecido a él: cabello largo, sin peinar y mal lavado, pantalón de mezclilla raído, tenis y camiseta negra. Apenas eran distintos en un detalle: los nombres de las bandas que ostentaban en el pecho. La camiseta de Mário era de los Stone Temple Pilots: